

## COLOMBIA – QUINCE AÑOS MÁS TARDE

Después de un breve descanso nocturno, pues me buscaban a las cuatro de la mañana para ir al aeropuerto, viajé al amanecer a Cali, a donde llegué cerca de las nueve de la mañana<sup>17</sup>. Armitage me esperaba en el aeropuerto. Como siempre, me alojé también esta vez en el hotel Alférez Real, que había mejorado y causaba buena impresión, parecía estar bien administrado. Tan pronto me cambié de ropa fui al negocio, que estaba muy cerca, donde todo parecía estar en orden.

La marcha de los negocios no era fácil, pues la competencia era grande y fuerte. A pesar de eso, Armitage pudo informar sobre nuevos progresos, aunque modestos. Pero estábamos de acuerdo en que si ya tenía una buena droguería, seguramente no abriría una nueva. Por desgracia, este rubro en Colombia justo acababa de alcanzar su punto de máximo auge cuando mi hermano Franz fundó la farmacia.

Armitage estaba solo en la casa. Su familia estaba de visita donde unos parientes, que vivían en el campo, en cercanías de Popayán, con el propósito de cambiar de clima. Su esposa se aburría muchísimo allí, me contó, pero lo soportaba por los niños, a los que ese cambio les hacía bien. También Armitage se aburría solo en su casa silenciosa y tanto más se alegró por mi llegada, pues como siempre, pasábamos habitualmente las noches juntos. Tenía un auto nuevo, un poco mejor, con el que cada atardecer hacíamos, después del cierre de negocio, un breve viaje a los alrededores de la ciudad. Después tomábamos juntos un vaso de cerveza, casi siempre en el Café Colombia, que era el más limpio, y luego nos separábamos hasta la hora de ir a cenar. Más tarde nos encontrábamos de nuevo en el negocio, donde permanecíamos hasta las nueve de la noche. Algunas veces realizábamos otro paseo, después del cual nos íbamos a dormir. Quizás una vez a la semana visitábamos un cine-teatro. Eso era todo lo que se podía hacer en Cali, a menos que, como solía ser el caso, alguno de nosotros hiciera una visita, lo que no sucedía con frecuencia, o se

---

<sup>17</sup> Este viaje comenzó el 19 de agosto de 1944 y se extendió hasta el 16 de octubre de 1944.

recibiera alguna en el hotel. El sábado cerrábamos regularmente el negocio a las tres de la tarde y hacíamos una excursión más larga en el auto por los alrededores. El domingo en la tarde lo pasaba la mayoría de las veces con Armitage en su casa, ubicada en una loma, y con una hermosa vista desde la terraza. También soplaba allí casi siempre una agradable brisa; aunque si esta cesaba, los mosquitos molestaban enseguida.

A fines de agosto recibí la noticia de Elisabeth de que había encontrado una casa adecuada y la había comprado<sup>18</sup>, después de que nuestros buenos amigos Mr. y Mrs. Thomas L. Smith la habían inspeccionado y dado su aprobación. La compra me pareció ventajosa y estaba contento porque este asunto estuviera resuelto. A fines de octubre o principios de noviembre se haría la mudanza. Hasta entonces, esperaba estar en casa.

El 30 y 31 de agosto volví a visitar la hermosa hacienda El Medio, más por placer que por razones comerciales, pues sabía que como propiedad pronto sería ajena a nuestros intereses. Con excepción del contador Durán, solo encontré administradores nuevos. Pero fui recibido tan cordialmente como en mi visita anterior y se me dio con gusto de nuevo la oportunidad de inspeccionar a fondo, con largas cabalgatas, la extensa propiedad. Observé que las plantaciones se habían expandido. Lástima que justo antes de mi visita la gran plantación de plátanos fue destruida casi por completo por una tempestad poco habitual en esta región. La plantación de cacao también había sufrido daños. Un aserradero recién instalado funcionaba bien; lamentablemente, habían ocurrido algunos accidentes en él, con seguridad hubiera sido fácil evitarlos debido a su sencilla instalación, mas los capataces se quejaban de que era casi imposible inducir a los obreros a observar las reglas más elementales de seguridad. En general, la cuestión laboral era uno de los problemas más difíciles de la empresa e incluso los obreros mismos no causaban buena impresión. Acorde a las condiciones reinantes, el personal estaba bien remunerado, pero gastaban, como me contaron, la mayor parte de su jornal en bebidas alcohólicas y juegos de dados, destinaban solo una escasa suma en una alimentación adecuada. Por esta razón, causaban en general una impresión de debilidad y desnutrición. Muchos poseían en este mundo nada más que los harapos que llevaban puestos. Observé su estado de ánimo cuando cabalgaba con el administrador por un campo en el cual se cosechaba fríjoles. Un negro se nos acercó y preguntó si podía decirnos algo en nombre de sus colegas. El administrador, por supuesto, le pidió que hablara. Acto seguido el hombre nos dio un discurso en el que se quejaba de la limpieza deficiente en las barracas. En varias ocasiones hizo hincapié en que sería de interés nuestro,

---

<sup>18</sup> La casa estaba ubicada en Summit, Nueva York.

‘los capitalistas’, proteger la fuerza de trabajo del trabajador, que por cierto era lo único que poseía el obrero. El administrador le contestó que miraría el asunto de inmediato. No dije nada, a pesar de que el discurso del obrero estaba dirigido sobre todo a mí. Aparentemente se me consideraba un importante capitalista estadounidense, o su representante.

Camino de regreso por las barracas, que eran nuevas construcciones de ladrillo acorde con las reglamentaciones vigentes del Gobierno, hicimos venir al administrador y lo interrogamos al respecto. Era un negro de aspecto decente y aseado; nos contestó que él hacía lo posible por mantener los edificios en estado limpio; lamentablemente, no encontraba apoyo por parte de los trabajadores en este esfuerzo. Justo había estado como nos mostró, limpiando una fila de camas de madera con ayuda de queroseno para erradicar los chinches, trabajo inútil porque los obreros traían consigo otros insectos. Además, era imposible convencer a la gente de cumplir aunque fuera las disposiciones más sencillas de limpieza. Había duchas y sanitarios aseados, como nos mostró, pero, ¿quién se tomaba la molestia de utilizarlos? Algunos obreros ni siquiera se sacaban de noche los harapos malolientes, que eran todo lo que poseían. ¡Incluso el trecho para ir a los sanitarios era para uno u otro demasiado lejos de noche! Bajo dichas circunstancias, era un trabajo arduo mantener la limpieza. La respuesta correcta hubiera sido, por supuesto, exigirles a las personas que se educaran mutuamente en el aseo y obligar a los elementos sucios a la higiene. Esto también se lo dije al administrador. Por lo demás, yo no tenía derecho a interferir en el asunto.

El 4 de septiembre de 1944 tomé el avión a Bogotá, donde quería pasar una semana. Mi propósito principal era solo ponerme en contacto con la dirección de la azucarera Ingenio Central del Tolima S. A., cuyas instalaciones en Pajonales deseaba volver a visitar. De paso quería informarme sobre la situación política y económica en la capital.

A pesar de haberme anunciado varios días antes, tuve que conformarme en el hotel Granada con una habitación inhóspita y muy primitiva, todos los hoteles estaban llenos. Por suerte, tuve nuevamente a disposición durante el día la oficina de Jaime Gutiérrez, en la cual él pocas veces estaba.

Mi intención de visitar al presidente Alfonso López no se concretó esta vez. El doctor Ernesto González Piedrahita, un buen conocido del presidente, me había dicho en Cali que en vista de la tensa situación política era muy difícil ver al presidente, y eso lo confirmé en Bogotá. López se había puesto por su política en una situación difícil y peligrosa, era muy impopular en amplios círculos. El 20 de julio, incluso, hubo una tentativa de obligarlo a dimitir a la fuerza; en una maniobra militar cerca de Pasto había sido tomado prisionero por un grupo de oficiales, pero como estos no eran muy populares, no encontraron suficiente

apoyo y se vieron, por lo tanto, obligados a liberarlo. Algunos de estos oficiales perdieron sus posiciones, aunque no les sucedió nada más. Pero la situación en el país permaneció intranquila y el hecho de que el presidente hubiera declarado el Estado de Sitio no contribuyó a calmar los ánimos.

Como siempre, hice mi ronda habitual de visitas en Bogotá. El único domingo que permanecí en la ciudad, estuve en la hermosa casa campestre de mi viejo amigo Reinhard Kling, de la joyería Bauer & Co. Su hijo me recogió en el hotel junto con un representante de New York International Silver Co., que también estaba invitado, y en la noche nos trajo de vuelta.

En la embajada estadounidense me volví a encontrar con mi viejo amigo de Nicaragua y Washington, Paul C. Daniels. El día siguiente de mi llegada me invitó a almorzar en su casa, oportunidad en la que también conocí a su esposa, al igual que a sus dos pequeñas hijas. La última noche en Bogotá estuve en la casa del embajador; poco después, él sería trasladado a Varsovia.

El 12 de septiembre de 1944, a las seis de la mañana, me buscaron en el hotel con el auto del Ingenio Central del Tolima S. A. para viajar a Pajonales. El director del ingenio, Silvio Cárdenas, me acompañó. En un principio, el director del Banco Comercial Antioqueño, Gonzalo Córdoba, tuvo la intención de ir con nosotros, pero el día anterior se disculpó por estar resfriado. Cárdenas ya me había dicho que él no creía que Córdoba nos acompañara, pues este ya había tenido no sabía cuántas veces la intención de visitar la fábrica, lo que su banco incluso deseaba con urgencia, mas temía el viaje algo cansador y el caluroso clima de Pajonales, y siempre usaba un pretexto para no ir. Pertenecía al gran número de bogotanos típicos que evitaban al máximo todo esfuerzo corporal. Era de naturaleza débil y aparentaba ser mayor. En lugar de inspeccionar él mismo la fábrica me pidió, al igual que año y medio antes, que le enviara un informe con mis impresiones, lo que le prometí.

Además de Cárdenas, el chofer y otro empleado de la fábrica, también iba un hombre en apariencia experto en el cultivo de frutales, que debía organizar y supervisar la plantación de estos árboles en los jardines y caminos del ingenio. Me dijeron que ya se habían plantado miles de naranjos, limoneros, papayas y otros árboles en beneficio de los obreros y empleados.

Contra la voluntad de Cárdenas, este experto en árboles había traído consigo a su hija de unos diecinueve o veinte años que justo había vuelto del colegio en los Estados Unidos y de la cual el padre parecía estar inmensamente orgulloso. Casi no hacía alguna afirmación sin preguntarle a su Beatriz si no era así como él decía. Ella se mantenía callada mientras el padre parloteaba o comía sin interrupción. Siempre que había algo comestible al borde de la calle lo compraba y luego comenzaba a hablar de lo que esperaba comprar en la próxima oportunidad.

Cárdenas me había advertido que la comida en la plantación era aún un factor muy deficiente. Solo el alojamiento había mejorado bastante desde que se había terminado el nuevo casino y el hospedaje. Sin embargo, era muy difícil en esa región apartada, y con el clima caluroso, conseguir personal doméstico bueno. Por esta razón, era para él tan indeseable una visita superflua y había visto con disgusto que el experto en árboles hubiera traído a su hija.

Cuando llegamos a Pajonales, primero, no pude entrar a la habitación que se me había asignado porque la puerta estaba cerrada y no se encontraba la llave. Apenas después de hacer pasar con dificultad a un pequeño niño a través de una ventanilla arriba de la puerta para que la abriera desde adentro, pude instalarme. Más tarde logré encontrar la llave por mis propios medios, probando con paciencia, una tras otra, varias docenas de ellas, que estaban colgadas de un gran llavero.

Por lo demás, mi alojamiento era aceptable. Consistía de sala, dormitorio y baño. El mobiliario era muy sencillo, pero adecuado y limpio. Además el personal doméstico no era tan deficiente, como esperaba; inexperto y torpe sí, pero servicial. La comida era relativamente buena; de todas maneras no era peor que la del hotel Granada, el experto en árboles estaba contentísimo con ella y a través de su apetito demostró su sinceridad.

Al desempacar mi maleta me di cuenta de que había olvidado un paquete con mis buenos pañuelos en el hotel de Bogotá. Llamamos por teléfono para preguntar por ellos, pero ya estaban, y permanecieron, desaparecidos.

Con visitas repetidas a la fábrica y extensas cabalgatas por los amplios campos de caña de azúcar, pasé dos días y medio en Pajonales. La mejor caña de azúcar la encontré donde había visto en mi visita anterior a la niveladora derribando el bosque. El empleado que cabalgaba conmigo me dijo que la caña en ese lugar medía hasta seis metros —dieciocho pies— de altura. Cuando llegamos a la orilla del Magdalena encontré algunas casas abandonadas que me recordaban la visita anterior. Me contaron que una fuerte creciente del río había inundado la zona, espantado a los habitantes e incluso arrastrado parcialmente un campo de caña de azúcar. Eso parecía poco creíble cuando mirábamos el río desde la orilla donde nos encontrábamos, que fluía debajo de nosotros pacíficamente a cinco o seis metros —quince a dieciocho pies— de profundidad. Cuando seguimos cabalgando y pasamos por una casa aún habitada, nos contaron allí que también en ese lugar el agua había entrado aunque no había subido mucho y pronto se volvió a retirar. Me preguntaba por qué la gente se quedaba a vivir en un lugar tan expuesto al peligro. Ganaban su sueldo en la plantación de caña de azúcar y podrían haber vivido también allí, mejor y de modo más saludable. Pero aparentemente los retenía una sensación

de independencia. En el pedacito de tierra alrededor de la casa, que creo no les pertenecía, tenían gallinas y cerdos, y también habían cultivado productos comestibles como maíz y plátano. Además el río los proveía de tiempo en tiempo con una sobreabundancia de peces.

En general, una gran parte de la población no muy numerosa del Tolima todavía llevaba una vida muy primitiva. Esto no era sinónimo de vida sana. En las grandes llanuras cerca del Magdalena había mucha malaria e incluso en los pueblos montañosos ubicados a mayor altura me había llamado la atención con frecuencia el color amarillo enfermizo y la forma de ser apática que caracterizaban a la población constantemente enferma de malaria. De vez en cuando se veían personas fuertes y altas, pero la mayoría era pequeña o de altura mediana y rara vez bastante saludable. Se hubiera podido evitar más de un perjuicio si la gente se hubiera inclinado hacia un modo de vida más saludable.

El pequeño hospital en la plantación estaba de forma permanente casi del todo ocupado. Aunque era sencillo y por la impresión que causaba el médico que lo administraba no podía estar bajo una dirección muy eficiente, debía ser muy bueno frente a las pretensiones de los obreros, pues había entre ellos muchos que habían buscado trabajo en el ingenio solo para dar parte de enfermo en la primera oportunidad y poder disfrutar de las comodidades del hospital. Tan frecuentes se hicieron estos casos que la fábrica se vio obligada a hacer una revisión médica a cada obrero antes de emplearlo en la empresa para determinar si se había postulado por el trabajo o por el hospital.

El suministro de agua de la fábrica y de las viviendas de los obreros y empleados tuvo un costo bastante elevado para la fábrica, la cual hizo cavar un pozo profundo que abastecía un agua excelente (creo que esta es la mejor que he tomado alguna vez en Colombia); las pruebas de laboratorio confirmaban su calidad impecable. Sin embargo, los obreros, con ocasión de una huelga, quisieron insistir en que esta debía ser filtrada. La solicitud fue pasada por alto después de que los dirigentes obreros alabaron la buena calidad potable que se les había servido con motivo de una reunión. Se habían olvidado que era la misma agua que querían tener filtrada.

Mis tardes en Pajonales las pasaba en la compañía de Silvio Cárdenas, quien era educado socialmente y de carácter agradable. Su única habilidad comercial estribaba en el hecho de que tenía una manera de ser diplomática y compensadora, así como talento para conducir hábilmente las negociaciones con los obreros y las autoridades. Durante años perteneció al cuerpo diplomático colombiano. Cuando Concha, un expresidente de Colombia, fue embajador en Roma, donde el papa, Cárdenas fue su secretario. Por lo tanto, durante los años que estuvo allí conoció a muchos hombres importantes de

la política internacional y podía contar de aquella época varias historias interesantes. Su comportamiento era siempre mesurado y hasta en la hacienda cuidaba puntillosamente su aspecto exterior.

Obviamente se complacía en su rol de gran latifundista. Su caballo ensillado debía estar listo todo el día para él. Cuando cabalgaba portaba siempre un largo látigo con mango corto, como el que usaban los criadores de ganado. En su caso parecía inútil, pues en una plantación de caña de azúcar no hay ganado para arriar, pero el látigo pertenecía de todas maneras a su estilo. A pesar de que me dieron un buen animal, se disculpó conmigo por no tener uno mejor disponible. Poco antes de mi llegada una peste había matado cerca de treinta caballos, entre ellos los mejores ejemplares existentes. Cárdenas era buen jinete y un gran aficionado a los caballos. Me comentó que no podía entender cómo alguien podía maltratar a un caballo. Las cabalgatas que hacía con él parecían complacerlo, especialmente nuestra última salida juntos, que se transformó al atardecer en un paseo a caballo que nos llevó al hermoso gran lago artificial. Cuando subimos a pie el último trecho, hasta la altura del muro de contención, me advirtió que tuviera cuidado de no pisar ninguna cascabel, que eran frecuentes en la región. Recorrimos el sendero de ida y de vuelta sin haber tenido ningún encuentro desagradable.

En esta hacienda se presentaban dificultades con los trabajadores parecidas a las que había conocido en la hacienda El Medio. En una de mis cabalgatas me dieron un palafrenero de acompañante, un muchacho joven y andrajoso que parecía estar muy cómodo en su caballo y a su manera era una persona interesante. Me contó que había regresado hacía pocos meses junto con el capataz de la hacienda ganadera del Caquetá, una de las regiones más salvajes de Colombia, donde ambos habían vivido durante años en las grandes haciendas del lugar. El Caquetá era una zona de inmensas llanuras que se extendía desde el lado este de las cordilleras hacia Venezuela y Brasil. El ganado criado ahí es mantenido en estado semisalvaje y los toros tienen que defender sus rebaños, con gran frecuencia, de los ataques del jaguar o tigre, como se lo llama allí. Mi acompañante había vivido en ese entorno y, como me decía, no había mejor vida para él que manejar a caballo rebaños de hermoso ganado.

Hasta ahí pude aprobar más o menos sus opiniones. Pero cuando empezamos a hablar de la plantación de caña de azúcar, en lo que admitió estar bastante hermosa, tuve que contradecirlo varias veces, en especial cuando comentó que no era de extrañar que fuera tan hermosa, ¡pues el gobierno había hecho todo lo posible para lograrlo! Esa visión era el resultado de la propaganda por parte de políticos y dirigentes obreros. Quedó muy asombrado cuando le dije que el gobierno no tenía que ver con la hacienda excepto

para exigirle el pago de impuestos. Guardó silencio pensativo. Si me creyó o no, no lo sé.

En los campamentos (alojamientos para obreros) que inspeccioné con Cárdenas, y que estaban recién construidos y eran higiénicos, siempre recibimos quejas, en parte justificadas, en parte no. Que en un campamento hubiera fallado parcialmente la instalación de agua corriente, era de seguro una queja justificada, pero otra queja referente a la comida demasiado cara o insuficiente nos pareció totalmente injustificada. Visitamos la cocina del restaurante, bastante limpia, y miramos la cena, que justo se estaba terminando de preparar y que costaría por persona setenta centavos colombianos. No intervine en la conversación, sin embargo constaté que la comida era mucho mejor y más abundante de lo que había recibido muchos años en las posadas y en mis viajes, y por lo cual incluso en aquel entonces había tenido que pagar por lo general mucho más.

El viernes 15 de septiembre de 1944 me despedí de Pajonales para tomar el tren de las nueve de la mañana que partía a Honda. Cárdenas me acompañó hasta la estación y se despidió de mí con la cortesía formal del bogotano culto, que causa buena impresión pero no significa mucho. Así por ejemplo, se ofreció a escribirme de vez en cuando sobre la evolución de las cosas en la fábrica, algo que no hizo ni una sola vez.

Después de un viaje relativamente agradable por un trayecto muy familiar para mí, llegué cerca de la una de la tarde a Honda, donde conseguí una habitación limpia en el bien conocido hotel América. Pasé la tarde con Jesús Salvador Yepes, el agente de mi viejo amigo Manuel M. Escobar O. en Medellín, al que fui anunciado por él. Siguiendo la indicación de este último, Yepes se había ocupado incluso de la tumba de Herbert, que visitó también conmigo. La encontré en buen estado, hasta había intentado plantar flores, sin mucho éxito porque la loma en la que se encontraba la tumba estaba demasiado expuesta al ardiente sol de Honda. El pago de los gastos fue rechazado por Yepes de forma contundente. Lo que había hecho, obedecía a un pedido de don Manuel, al que con gusto le hacía cualquier favor, aceptar una remuneración por eso le era imposible.

Mientras estábamos parados junto a la tumba de Herbert, Yepes señaló la tumba vecina, de Hans Heintz, y me preguntó si yo lo había conocido. Cuando contesté afirmativamente, me contó que él también había sido buen amigo de Heintz, cuyo triste destino lamentó. De modo reservado primero y luego de forma abierta, tocó el tema de la señora Heintz, quien aún vivía en Honda y en las mismas circunstancias desagradables de las que estaba enterado. Años atrás él y los Heintz habían sido vecinos contiguos, hasta que un día vendió su casa porque ya no le agradaba el contacto social diario.

Después de visitar el cementerio Yepes me mostró las pocas atracciones de Honda, sobre todo las nuevas instalaciones portuarias en el suburbio Caracolí, así como el Country Club, que ya conocía. Luego me llevó de vuelta al hotel, donde conversamos un rato más. Después de haberle agradecido su amabilidad, se despidió de mí.

Tras la cena en el hotel di un paseo por las calles nocturnas y, por lo tanto, silenciosas de la ciudad, en las cuales principalmente solo se había mejorado un poco el pavimento desde mi primera visita en 1911. Algunas calles tenían pavimento de cemento, la mayoría aún mostraba el viejo adoquín que fácil podía haber sido de la época de los españoles. Casi apenas en la cercanía del hotel se habían construido algunos edificios modernos.

En la mañana siguiente, a las seis, tomé el avión a Medellín. A pesar de la hora temprana y una leve brisa soplando en el aeródromo, ubicado en una parte más elevada, ya se hacía notar el calor de Honda. Poco después del despegue dispuse una vez más de una vista bastante despejada sobre la antigua hacienda de Ernst Pehlke. Un rato después, el cielo se nubló y recién se despejó cuando llegamos al valle de Medellín. Cerca de las ocho de la mañana aterrizamos en el aeródromo de Guayabal, donde me esperaba mi viejo amigo Luis M. Escobar; acompañado por su hijo Fernando y su yerno, doctor Rafael Toro G. Me llevaron en su auto al hotel.

A pesar de que había reservado una habitación en el hotel Europa unos días antes, por telégrafo, estaba todo ocupado cuando llegué. Me dijeron que en el transcurso de la media mañana se desocuparía una habitación y me la darían. En comparación con el calor de Honda, encontré Medellín bastante frío y me hubiera gustado cambiar mi traje tropical blanco por algo más abrigado. Para mantenerme en calor hice un prolongado paseo y visité a Peter L. Collins en su oficina, quien me invitó a ir a su casa en las próximas noches.

Luego de ocupar la habitación y cambiarme de ropa, hice algunas otras visitas, y la última, donde los hijos de Sofía Echavarría, quien me invitó de inmediato a almorzar en su casa de campo, Granada, en El Poblado. Si por ella hubiera sido, habría acaparado toda mi estadía en Medellín. Por un lado le gustaba estar conmigo; por otro, quería quizás encontrar la ocasión de hacer algo con su abundante tiempo libre. Todos sus hijos eran adultos e independientes, sin embargo ella actuaba como si tuviera que dirigir todo permanentemente, lo que hacía de una manera muy ruidosa. Cuanto decía era escuchado con atención por sus hijos y nueras, pero por lo demás no se le daba demasiada importancia.

Aunque le estaba muy agradecido por su amplia hospitalidad, incluyendo vivienda, comida y automóvil, me sentí muy aliviado que buenas razones me obligaran a tener que rechazarla y preferir la habitación en el hotel. El

permanente ir y venir de los hijos con sus esposas e hijos, al igual que el de los demás numerosos parientes y conocidos, creaba una agitación que luego de algunas horas me ponía algo nervioso. Aunque el lugar era muy hermoso, no se encontraba paz para disfrutarlo. Una conversación era imposible; para hacerse escuchar en el alboroto de voces uno se esforzaba por hablar cada vez más alto que el otro. Entretanto, se les daba órdenes con voz estentórea a los cuantiosos empleados domésticos que, aunque no se los veía, se suponía estaban en algún lado a disposición.

Pero no fui el único al que le desagradaba un poco ese ruido. Silvia, una de las nueras, me dijo que probablemente me sentía como en un manicomio. Alejandro, el hijo menor, se quejaba de que no podía encontrar un lugar en toda la casa para sentarse tranquilo a leer.

Por otro lado, reinaba la limpieza. Las comidas eran excelentes y la mesa estaba siempre perfectamente preparada. Porcelana, vasos, cubiertos y manteles eran de la mejor calidad.

Además de los numerosos miembros de la familia Echavarría, los que casi todos pertenecían al círculo de mis conocidos, me dediqué principalmente a mis viejos amigos Luis María y Manuel María Escobar O. Mi correspondencia la llevaba de nuevo en la oficina de Peter L. Collins, en cuya casa también pasé una amena velada en su compañía y la de su esposa. El domingo en la tarde, el día antes de mi partida, pude pasar algunas horas con Derka, que justo había regresado de una prolongada estadía en Cúcuta. Como casi todas las veces que nos encontrábamos en Medellín, hicimos un paseo juntos en auto, subiendo a Santa Helena.

El lunes 25 de septiembre de 1944, a las diez de la mañana, regresé en avión a Cali. Luis M. y Manuel M. Escobar O., así como otros amigos, vinieron al aeropuerto para despedirse de mí. Alrededor del mediodía estaba en el Alférez Real de Cali. El negocio funcionaba con la rutina normal, pero la situación comercial comenzaba a empeorar, lo que era en primer lugar resultado de la situación política en el país. En amplios círculos de la población el presidente López había perdido sus partidarios y en mi opinión se mantenía en su silla porque la oposición no tenía un líder sobresaliente. Por despecho utilizaba el aún persistente Estado de Sitio para introducir una serie de leyes, o sea, imponerlas al país, ya que por la vía legal, a través del Congreso, se habrían sancionado únicamente de forma muy limitada. El propósito anunciado de estas leyes era mejorar la situación de la clase trabajadora, y por cierto, debían asegurar al presidente los votos de los obreros. Algunas de estas leyes eran realmente de actualidad, mas por otra parte tan radicales que suscitaban gran incertidumbre en la industria, así como en las empresas agrícolas más importantes. El hecho de que unos meses después la United Fruit Company decidió

retirarse de Colombia quizás no solo fue debido a estas leyes, pero la decisión probablemente fue alentada por ellas.

A pesar de la situación política desfavorable, la situación económica seguía siendo bastante favorable. Como prueba de esto, bien puede considerarse el hecho de que en ese lapso me hicieron dos propuestas para comprarme la droguería, que no se concretaron porque los interesados querían comprar algo demasiado barato; además, después que Armitage había logrado con tanto esfuerzo convertir el negocio en rentable, no veía razón alguna para venderlo con pérdida, si bien a la larga no tenía deseos de conservarlo. Estaba demasiado lejos de Nueva York y podría llegar el momento en que los viajes de inspección, necesarios de tanto en tanto, me resultaran tediosos. Tampoco confiaba en las futuras perspectivas del comercio de medicamentos en Colombia, donde hubo épocas en las que este negocio fue muy bueno, solo que ya habían pasado cuando Franz lo fundó. En ese tiempo se habían formado empresas grandes en este particular que desde entonces dominaron el mercado. Desafortunadamente Franz había intentado competir con ellas y esa fue su ruina. Para mí el único objetivo era poder retirar lentamente mi dinero del negocio. No quería liquidarlo, más bien deseaba que algún día Armitage se pudiera hacer cargo de él aunque fuera en una escala mucho más reducida.

Un antiguo viajante de la droguería, Jaime Dorronsoro, me había invitado reiteradas veces a visitarlo en una hacienda que administraba por cuenta de su suegro. Don Jaime, que había sido un empleado honesto y experimentado, me era también como persona simpático, y cuando me volvió a visitar una vez en Cali acordamos que yo iría el miércoles 4 de octubre. Armitage me acompañaría. Don Jaime sabía que yo estaba interesado en la industria azucarera y por lo tanto me ofreció una visita a los ingenios de Pichichi y Providencia, con cuyos dueños tenía buenas relaciones, en parte de índole familiar.

Dorronsoro nos esperó puntualmente con su auto en la estación de ferrocarril Cerritos. La hacienda que él administraba se ubicaba entre los dos ingenios que queríamos visitar y debido a esto se había previsto que pasaríamos el mediodía en la hacienda. La joven esposa de Dorronsoro nos esperaba allí para la comida. Primero visitamos la fábrica de Pichichi, que no me causó gran impresión. Como habíamos comenzado nuestra jornada muy temprano, todavía era de mañana cuando llegamos a la hacienda de Dorronsoro. Propuso emplear las horas anteriores al almuerzo en una cabalgata por la hacienda, para lo cual tenía los caballos preparados. Estos animales eran buenos y pudimos hacer una larga cabalgata, que nos llevó, entre otros lugares, a la orilla del río Cauca, que ahí era muy hermoso. Entretanto el clima se puso bastante caluroso y Armitage, que hacía años no había hecho una cabalgata prolongada, estaba algo cansado cuando regresamos a la casa, pero se repuso rápido

cuando la señora Dorrnsoro nos trajo unas botellas de cerveza heladas. ¡La hacienda disponía de un refrigerador que funcionaba con un motor a queroseno! ¡Quién se lo hubiera imaginado hace veinte o incluso treinta años atrás en una hacienda colombiana, agua en una botella de cerámica porosa puesta en la sombra había sido la única bebida fresca existente! La comida fue buena, abundante y servida de forma esmerada. La joven señora parecía tener su casa en orden. El matrimonio tenía un pequeño varón, que justo era bañado bajo la tubería de agua; por lo visto, no le gustaba, pues protestaba vivazmente. Se esperaba un nuevo miembro de la familia. En la tarde visitamos el otro ingenio, Providencia, que estaba bien administrado y causaba muy buena impresión. Al atardecer, entre las cinco y las seis, Armitage y yo estuvimos de regreso en Cali, estábamos contentos de haber pasado un día interesante y ameno.

Mi partida de Cali estaba programada para el 16 de octubre de 1944. El tiempo restante lo utilicé para conversar con Armitage sobre todos los detalles posibles, con el propósito de que no me fuera necesario volver demasiado pronto. Varias veces visité a mis viejos conocidos, el matrimonio de Federico y Carmen de Nuys, en la nueva casa de campo que habían construido arriba de Cali, en las montañas, en un hermoso lugar con amplia vista. La tarde y la noche antes de mi partida las pasé con la familia Armitage en su casa.

Cuando me presenté al día siguiente a la hora indicada en la compañía aérea Panagra, recibí la decepcionante noticia de que no me podían llevar en el avión porque un empleado del Gobierno tenía prioridad. Era la primera vez que me pasaba algo así: había guerra y no me quedaba otra alternativa que resignarme a mi situación. No se me podía hacer algún tipo de promesa de cuándo podría partir. Había poca esperanza, pero, no obstante, iba a tener suerte: después de haber abandonado toda expectativa de poder viajar, al menos al día siguiente recibí una llamada telefónica antes de la llegada del avión con la solicitud de ir en forma inmediata al aeródromo. Se había dado la posibilidad, aunque sin garantía, de poder llevarme. Poco antes del aterrizaje del avión llegó la confirmación por radio de que sí había lugar. Por una afortunada coincidencia, el avión de una línea secundaria se había retrasado y los lugares que estaban reservados para este habían quedado libres. De esta forma logré salir de Cali con solo un día de retraso. Armitage me había acompañado hasta el avión.

## ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

Hans Sitarz	1
Barcos de vapor en el Magdalena	16
Casona en La Aurora	27
Caravana de mulas	35
Caravana de bueyes	35
Deutsche Antioquia Bank, Bremen	45
Hotel a mitad de camino a Medellín	50
Emil Prüfert	51
Iglesia de la Veracruz en Medellín	51
Vista del valle del río Cauca	55
Ganado en la hacienda Argentina	56
Reinhard Gundlach y Hermann Gebhard delante de una cabaña para obreros cerca de Copacabana	57
Hans Sitarz en el baño típico, Medellín	58
Camino entre Medellín y Manizales	70
Camino colombiano en época de lluvias	72
Estación de telégrafo, Manizales	73
Balsa en el río Cauca en el camino de Cali a Bugalagrande	75
Hotel Europa en Medellín	79
Banco de Caldas y Hotel Internacional en Manizales	84
Residencia de Luis M. Escobar O. en la hacienda La Argentina	86
Carlos E. Restrepo en la galería de su casa de campo	88
Hans Sitarz en la hacienda de Carlos E. Restrepo	89
Mina de oro La Constancia	92
Hans Sitarz en el volquete	92
Hans Sitarz junto al puente La Pintada	93
Plaza de mercado en Fredonia	94
Calle en un pueblo antioqueño	95
La madre de Sitarz	97
Hotel en Puerto Berrío	102
Robert M. Remer (con pistola), Adolf Held (sobrino del dueño de la empresa, con pistola) y Hans Sitarz, en Barranquilla	105

Hidroavión Bogotá, de la Scadta	110
Banco Alemán Antioqueño, Barranquilla	111
Vista al puente colgante sobre el río Gualí en Honda	129
Banco Alemán Antioqueño, Medellín	136
Sector de cajas, Banco Alemán Antioqueño, Medellín	137
Hans Sitarz en su escritorio, Banco Alemán Antioqueño, Medellín	138
Banco Alemán Antioqueño, Cali	150
Procesión del <i>Corpus Christi</i> en Medellín	163
Patio del Club Campestre, Medellín	164
Acción con la firma de Hans Sitarz	166
Ribera del Magdalena en Barrancabermeja	180
Calle Colombia 446, Medellín	181
Hans Sitarz en la piscina del Club Campestre, Medellín	189
Hans Sitarz con Hans Sitarz hijo (de 3 meses de edad) en Medellín	190
Estación de ferrocarril Porcecito	192
Canal de Panamá	196
La familia Sitarz en enero de 1928	204
Paseo de la familia Sitarz, marzo de 1928	210
Banco Alemán Antioqueño, Bogotá	211
Elisabeth y Hans Sitarz en el vapor SS Magdalena, enero-febrero de 1929	221

# ÍNDICE

## NOMBRES DE LOCALIDADES

Abejorral 78  
Aguadas 78, 142  
Amagá 54  
Ambalema 232, 235  
Amberes 7, 8, 9  
Amsterdam 200  
Angelópolis 96  
Anorí 91  
Apulo 237  
Armenia 149, 191, 210, 212, 236  
Armero 245, 246, 251  
Avonmouth 115, 200  
Bad Kissingen xvii, 116, 117, 172  
Baden-Baden 152  
Bahía Blanca 172  
Balboa 258,  
Barbados 122  
Barrancabermeja 126, 179, 180, 184, 187, 219  
Barranquilla xiv, xvii, xxvii, 10, 11, 14, 15, 18, 19, 64, 78, 90, 103, 104, 105, 106,  
107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 118, 120, 122, 123, 124, 126, 127, 135,  
139, 140, 149, 158, 161, 178, 179, 181, 191, 195, 196, 200, 201, 203, 212, 213, 220,  
222, 229, 230, 231, 252, 257, 258  
Belén 157  
Beltrán 14, 15, 25  
Berchtesgarden 175  
Berlín xxx, xxxii, 5, 30, 71, 117, 200, 208, 222  
Blankenese 6

Bogotá XII, XIV, XV, XVI, XIX, XX, XXII, XXIV, XXVII, XXIX, XXXI, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 32, 33, 38, 41, 42, 43, 44, 46, 47, 48, 50, 61, 62, 63, 64, 65, 73, 81, 83, 90, 110, 112, 117, 127, 128, 129, 135, 136, 143, 144, 145, 149, 155, 157, 158, 161, 191, 192, 203, 204, 208, 210, 211, 212, 216, 219, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 251, 252, 253, 261, 262, 263, 266,

Botero 49

Bremen XIII, XIV, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXIII, XXVI, XXVII, XXVIII, 7, 11, 41, 45, 46, 52, 53, 54, 57, 57, 64, 82, 83, 98, 99, 103, 104, 114, 115, 116, 118, 119, 120, 122, 123, 128, 133, 134, 137, 138, 148, 149, 152, 168, 170, 171, 174, 175, 176, 177, 180, 187, 191, 195, 199, 200, 202, 203, 205, 206, 211, 213, 215, 216, 217, 218, 219, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 239

Bremerhaven 228

Bristol 114, 115, 200

Bucaramanga XIX, XX, XXV, 152, 153, 154, 155, 178, 183, 188, 191, 201, 202, 203, 205, 253,

Buenaventura 149, 191

Bugalagrande 74, 75

Cajamarca 237

Calamar 103, 140

Calarcá 236

Cali XVI, XXII, 73, 75, 76, 78, 148, 149, 150, 171, 191, 196, 210, 212, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 239, 241, 249, 251, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 261, 268, 269, 270

Cambao 243

Caracolí 267

Cartagena 103, 191, 203

Cartago 74, 77

Cerritos 269

Chapinero 22

Ciénaga 114, 200

Cisneros 48, 49

Colón 195, 196, 197

Copacabana 57, 189

Corozal 246

Costa Caribe xxv

Cristóbal 178

Croydon 200

Cúcuta 268

Curazao 9, 122, 220

Cuxhaven 7

Darmstadt 29, 38

Döttlingen 171, 228  
 Eisenach 175  
 El Naranjo 74  
 El Poblado 210, 291  
 Envigado 188  
 Facatativá 17, 22, 43, 242, 243  
 Fráncfort del Meno 66, 118, 172  
 Fredonia 93, 94, 99  
 Fresno 246  
 Friburgo de Brisgovia 117, 123  
 Garmisch-Partenkirchen 172  
 Girardot 19, 25, 43, 110, 128, 141, 158, 179, 191, 210, 212,  
 Girardota 49  
 Gmünden 174  
 Goslar 178  
 Gotinga 175  
 Guayabal 267  
 Haag 121  
 Hamburgo XII, XXVI, XXVII, XXXI, 3, 4, 5, 6, 7, 18, 19, 42, 71, 96, 116, 120, 147,  
 171, 221, 222, 227  
 Hamburgo, hacienda XIII, XXIV, 15, 24, 39  
 Hannover 175, 178  
 Hartford 223  
 Harwich 171  
 Harzburg 178  
 Heidelberg 118  
 Heiligendamm 172  
 Hók van Holland 115, 171  
 Honda XVII, 15, 16, 19, 25, 30, 32, 33, 36, 37, 41, 43, 44, 48, 127, 129, 130, 131, 132,  
 135, 148, 150, 158, 159, 191, 210, 212, 213, 243, 245, 249, 250, 251, 252, 266, 267  
 Ibagué 149, 150, 236, 237  
 Idar (Oldemburgo)  
 Innsbruck 173  
 Ischl 175  
 Itagüí 85  
 Jamaica 169, 178, 197  
 Jericó 93  
 Kingston 169, 178, 197  
 Kissingen (Bad Kissingen)  
 Kolberg (Pomerania) 8  
 Königsberg 52  
 Krefeld 52

La Botero (hacienda) 93  
La Ceja 78  
La Dorada 14, 15, 41, 99, 130, 250, 251, 252  
La Esperanza 17  
La Mesa 17  
La Paila 149  
La Paila, hacienda 232, 233  
La Victoria 74  
Las Bocas 153  
Linz 174  
Llano de Villegas 26  
Londres 46, 53, 115, 168, 170, 171, 200, 222  
Managua xxvii, 237, 238  
Manizales xv, xvi, 40, 69, 70, 71, 72, 73, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 105, 119, 135, 168, 171, 240, 245, 247, 249  
Manzanares 246  
Maracaibo 122  
Mariquita 246  
Marmato 168  
Maryland 238  
Medellín xiii, xiv, xv, xvi, xvii, xviii, xix, xxiii, xxvii, xxviii, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 73, 76, 78, 79, 80, 82, 85, 86, 87, 90, 91, 96, 97, 98, 100, 101, 106, 107, 108, 109, 111, 114, 118, 119, 120, 122, 123, 127, 128, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 152, 154, 155, 158, 159, 160, 161, 163, 164, 165, 168, 169, 170, 172, 177, 178, 181, 183, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 194, 195, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 206, 207, 214, 215, 218, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 231, 232, 235, 239, 240, 250, 251, 253, 254, 257, 266, 267, 268,  
Mompós 139, 140, 141  
Múnich 118, 172, 174, 175  
Muzo 48  
Nare 99, 100, 101, 141, 253  
Neira 70  
Nicaragua 28, 262  
Nueva Jersey xi, xxviii, 199  
Nueva York xix, xxi, xxii, xxiv, xxvi, xxvii, 53, 64, 65, 69, 78, 122, 144, 145, 146, 168, 169, 170, 178, 191, 192, 195, 197, 198, 199, 200, 216, 222, 223, 227, 229, 230, 241, 248, 260, 262, 269  
Oklahoma 194  
Oldemburgo 48  
Onzaga 155  
Orocué 47, 117

Osnabrück 115  
Pajonales 242, 243, 245, 261, 262, 263, 264, 266  
Palmira 76, 257  
Panamá xx, 195, 196, 238  
París 46, 53  
Pasto 256, 261  
Pekín 200  
Pereira 249  
Perico 25, 44  
Pforzheim 118  
Pichichi, ingenio 269  
Plymouth 170  
Popayán 211, 255, 256, 259  
Porcecito 192, 193  
Providencia, ingenio 269, 270  
Puente del Común 21  
Puerto Berrío 48, 99, 100, 101, 102, 128, 139, 140, 141, 152, 158, 178, 179, 180, 181, 183, 185, 186, 187, 201, 219, 253,  
Puerto Colombia 6, 9, 10, 11, 107, 109, 122, 169, 178, 195, 201, 220, 230, 258  
Puerto Wilches 152, 154, 179, 183, 184, 201, 202  
Quito 238  
Reichenhall 175  
Remolino 109  
Retiro 206  
Robledo 66, 188  
Roma 264  
Rostock 172  
Róterdam 119, 120, 121, 220  
Rügen 39  
Salamina 78, 142  
Salzburgo 174, 175  
San Antonio 77  
San José 122  
Santa Helena 188, 268  
Santa Marta 114, 124, 159, 169, 200, 231  
Santa Rosa de Osos 91, 163  
Santander 152, 154  
Santo Domingo 190  
Santo Tomás 8, 9  
Scheveningen 121  
Sincerín 103  
Sitionuevo 109

Soledad 246  
Solingen 65, 167  
Southampton 227  
Spring Lake 199  
Stettin xi, xvii, xxvii, xxxi, 1, 3, 4, 6, 7, 8, 18, 42, 52, 96, 116, 117, 118, 121, 159, 171, 172, 177, 199, 222  
Stuttgart 118, 125  
Summit xi, xxviii, 260  
Susa 155, 156  
Swinemünde 118  
Titiribí 169, 232  
Torreón 52  
Tres Esquinas 153  
Tres Ríos 153  
Trinidad 122  
Tuluá 75  
Tumbador 42  
Tunja 158  
Valencia 122  
Valparaíso 85, 87, 89  
Varsovia 262  
Verden 175  
Victoria 26, 33, 39, 40, 131  
Viena xi, xxvii, 1, 116, 117, 173, 174, 199, 239  
Villeta 43  
Warwich 115  
Washington xxx, 238, 262  
Wasserburg 175  
Wembley 170  
Wüstenhausen 7  
Zaragoza 167  
Zarzal 149

## **NOMBRES DE EMPRESAS**

American Trading Co. xxii, 229  
Amsinck, Sonne & Co. 229, 232, 240, 245, 248  
Anglo-Persian Oil Co. 217  
Appleton, Rice & Perrin 223  
Juan N. Arias F. & Cía. 99

- Banco Alemán Antioqueño xxiii, xxviii, xxx, xxxi, xxxiii, 45, 82, 83, 111, 136, 137, 138, 150, 197, 198, 201, 203, 205, 206, 207, 208, 209, 211, 213, 218, 219, 226, 227
- Banco de Bogotá 208, 240
- Banco Comercial Antioqueño xxii, 239, 262. Veáse también Banco Alemán Antioqueño
- Banco de Caldas 83, 84
- Banco de Colombia 20, 208, 247
- Banco López 143
- Banco de la República xix, xxxiii, 145
- Banco del Ruiz 83
- Bauer & Co. 117, 128, 262
- Robert Beck & Co. 65
- H. C. Bock & Co. 71
- Böhmer & Linzen 76
- Breuer, Möller & Co. 237
- Compañía Colombiana de Seguros 240
- La Constancia 91, 92
- Deutsche Antioquia Bank. Veáse Banco Alemán Antioqueño
- Deutsche Bank 18
- Deutschen Überseeischen Bank en Perú 52, 116
- Di Giorgi Fruit Co. 197
- Eisenmann & Eleta Co. 195
- Elders & Fife 200
- Empresa Hanseática-Lindemeyer & Wiese 10
- Equitable Trust Co. 144, 168
- Escobar & Cía. 55, 208
- Esser & Co. 167
- Federal Reserve Bank 198
- Franzius Hermanos 47
- Gieseken & Co. 78
- Gruner & Rieke 41, 128
- Haase Hermanos 106, 179
- A. Held xiv, 64, 65, 69, 71, 104, 106, 119, 149, 187, 231, 240
- Hongkong y Shanghai Banking Corporation 148
- Hülsmann & Reinecke 65
- Frederick Huth & Co. 232
- Ingenio Central del Tolima S. A. xxii, 197, 222, 223
- International Acceptance Bank xxi, 218, 219, 244, 245
- Kissing & Möllmann 65
- Lloyd 222
- Lotería de Bolívar 110

Martell 104  
Francisco A. Mejía & Cía. 80  
Mercantile Bank of America 130  
E. Merck 38  
National City Bank of New York 144, 263  
Naviera Colombiana 252  
New York International Silver Co. 262  
Parrish 107  
Ernst Pehlke XII, XXIII, XXXI, 3, 10, 15, 18, 19, 20, 23, 25, 45, 48, 96, 128, 130, 161  
Carl F. Plump & Co. 56, 120  
Pottberg, Ebeling 78  
Rubber Reserve Co. 238  
Scadta xi, 110, 141, 183, 186, 202  
F. Schmitt 173  
Schnitzer 121  
J. Henry Schroder & Co. 222  
Schütte, Bünemann & Co. xvii, 65, 69, 98, 99, 109, 135, 177  
Ed. Victor Sperling 191  
C. A. Stern & Co. 169  
Hugo Stinnes 143  
Strauss 106  
Tillack & [und] Böhm xi, 1, 4, 6, 10  
Tropical Oil Company 124, 184, 220  
Unión Colombiana de Petróleos 217  
United Fruit Company 169, 178, 268  
M. M. Warburg & Co. 227  
Wiese & Starck 158

## **NOMBRES DE PERSONAS**

Abade, Salvador 87  
Abadía Méndez, Miguel xx  
Adler, Fritz 3, 5, 6, 7, 10, 23, 29, 42, 43, 44  
Álvarez, Bernardo 91, 93  
Ángel, Alberto 253  
Ángel E., Alberto 253  
Ángel, Alejandro 240  
Arango Tavera, Ernesto 248, 249  
Arias, Luciano 100, 101  
Arias F., Luciano, 89  
Armitage [señor] 231, 232, 234, 235, 254, 255, 259, 260, 269, 270

- Armitage [señora] 231, 232, 254, 255, 270  
Badian, M. [cónsul] 53, 66, 181  
Barrientos, Emilio 237  
Barth, Otto 91, 93, 96, 98  
Benson [señora] 238, 252  
Bimberg, Karl 96  
Bock, Konrad 147, 148  
Bolívar, Simón 114  
Bollmeyer, Karl 221, 222, 228  
Borné, August 49, 64, 65, 66, 71, 73, 80, 82, 98, 142, 171, 175, 177, 247  
Borné, Heinrich 65  
Botero, Carlos 94  
Botero, Ricardo 94, 160, 190  
Bunker [doctor] 196  
Cadavid, Julio Pedro 87  
Caicedo [arzobispo] 162  
Calle [doctor] 189  
Lewy Camargo, Guillermo 50 53  
Cárdenas, Silvio 239, 262, 263, 264, 265, 266  
Castro, Ana 254  
Castro, Antonio José 254, 255  
Chavarriaga, Manuel 87  
Clemens [monsieur] 22, 44  
Collins L., Peter 254, 267, 268  
Concha [expresidente] 288  
Córdoba, Gonzalo 211, 239, 240, 262  
Daniels, Paul C. 262  
Davies [señor] 238  
Denker, Delia 172  
Derka, Anton/Antonio 239, 254, 268  
Di Giorgi [señor] 197  
Dohrn, Heinrich 1, 3  
Helena [doña] 182  
Dorronsoró, Jaime 269, 270  
Durán [señor] 232, 260  
Echavarría, Alejandro 146, 208, 218, 225, 227  
Echavarría, Alfonso 50, 226  
Echavarría, Enrique xxiii  
Echavarría, Gabriel 254  
Echavarría, Óscar 257  
Echavarría, Pablo 227  
Echavarría, Sofía 267

Eder, Harold J. 232, 233, 256, 257  
Eder, Walter 257  
Eisenmann [señor] 195  
Eleta [señor] 195  
Escobar, Fernando 267  
Escobar O., Luis M. 85, 86, 88, 147, 254, 267, 268  
Escobar O., Manuel M. 52, 87, 145, 146, 152, 208, 223, 225, 251, 254, 266, 268  
Estrada, Enrique 209  
Fischer, Luis 77  
Fletcher [señor] 238  
Fletcher [señora] 238, 252  
Focke, Ferdinand xxix, 7, 10, 11, 15, 16, 17, 18, 21, 22, 23, 24, 41, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 127, 128  
Focke, Inés 9, 128  
Focke, Lotte 41, 42  
Focke, Wilhelm 41  
Focke [esposa de Ferdinand Focke] 9  
Focke [esposa de Wilhelm Focke] 41  
Fritsch, Anton 174  
Fritsch, Mizzi 174  
García Ramírez, Félix 206, 218, 219  
Gast, Eduard 218, 219  
Gebhard, Hermann 26, 27, 29, 30, 31, 32, 33, 38, 39, 40, 41, 44, 48, 57, 96, 158, 159, 186, 187  
Gebhard, Wilhelm 68, 142, 158, 166  
Gerding, Otto 128, 158  
Gericke 200, 201  
Gómez, Leonidas 62  
Gómez Ochoa, Juan Pablo 88, 89, 147  
González Piedrahita, Ernesto 241, 261  
Graue, Dietrich 177  
Gretel [hermana-niñera] 224  
Grünwald [señor] 130, 132, 148, 149  
Guerrero Montalván, Salvador 238  
Gundlach, Reinhard 56, 57, 78, 82, 83, 85, 96, 120, 133, 135, 164, 181, 215, 226, 227  
Gutiérrez, Jaime 240, 245, 261  
Hammer [piloto] 133  
Harms, Arnold 78  
Hartmann, Adolf xvi, xvii, xviii, xxvi, 46, 47, 49, 52, 54, 57, 58, 59, 67, 68, 82, 83, 85, 90, 97, 98, 99, 118, 119, 122, 132, 133, 134, 138, 142  
Hartmann, Andreas 119

- Heilbron, G. H. 245, 247, 248, 249  
Heinatz, Hans 104, 108, 123, 130, 131, 132, 148, 211, 212, 213, 251, 266  
Heinatz [señora] 251, 252, 254, 266  
Heiniger, Luis [y señora] 169  
Held, Adolf xiv, xx, 46, 54, 64, 65, 69, 71, 98, 99, 104, 105, 106, 114, 115, 116, 118, 119, 120, 133, 149, 171, 176, 199, 202, 215, 218, 240  
Held, Adolf [sobrino] 105, 178  
Held, Margret 221, 228  
Herchenbach, Hugo 142  
Hermine [tía] 172  
Herzog, Kurt 218, 219  
Hesse [capitán] 140, 141  
Heumann, Herbert 237  
Holzmann [joven] 149  
Hülsmann [señor] 67  
Hülsmann [señora] 67  
Imboden [señor] 115  
Jaramillo Arango, Alfonso 248  
Jiménez [doctor] 214  
Josef, Franz [káiser] 175  
Juan [mesero] 276  
Justo Berrío, Pedro 162  
Kämena, Marga 211  
Kellner, C. 115, 118, 120, 171, 172, 221, 222, 228  
Kemmerer, Edwin xix, xx, 145, 191, 199  
Kemmler, Otto 108, 109, 125, 126, 220, 242  
Kissenberth, Hanns 143  
Klein, Fritz 48  
Kling, Reinhard 119, 128, 262  
Kraus, Anton 128, 136  
Krische, Walther 114, 118, 122, 123, 138, 178, 189, 212, 215  
Krüger, Wilhelm 179, 180  
Krumstieg, Bernhard 19, 20, 21, 42, 44, 47, 48, 128  
Kruse, Gustav 20, 27, 29, 31, 32, 33, 36, 37  
Kruse [señora] 29, 32, 33  
Kunze, Wilhelm 39  
Lane Bliss, Arthur 237, 238, 239, 242, 245, 247, 257  
Lane, Cornelia 238, 239, 252, 253, 257  
Le Blanc [señor] 170  
Londoño [señor] 25  
Londoño, Heliodoro 240  
Londoño, Luis 240, 249

López Pumarejo, Alfonso xxii, 238, 241, 242, 261, 268  
Lorenz, Leslie 255  
Lüchau, Karl 71, 73, 82, 119, 120, 121, 122  
Lüdeke, Henry 169, 170, 199  
Lüdeke, Lolita 199  
Louis Ferdinand [príncipe] 223  
Manuel [señor] 80  
María [camarera] 277  
Martínez, Eugenio 62  
Marulanda, Jesús M. 145, 206  
Mauritz, Walther 115, 118, 120, 171  
McDermot [señor] 170  
McGuire, Ernest 192, 193, 194  
Mejía, Enrique O. 168, 207, 208,  
Mejía, Gonzalo 62  
Mejía, Sixto 85, 90  
Meyer [señor] 120  
Meyerheim, Harold B. 66  
Meyerheim, Paul 8669  
Mimi [hermana] 171, 172  
Moreno, Alberto J. 60  
Moreno, Guillermo 61  
Moreno, Samuel 61  
Müllges [señor] 76  
Nachman [señor] 197  
Navarro, Benito 161  
Noll, Elisabeth xix, xx, xxviii, xxix, 41, 177, 178, 179, 181, 182, 184, 186, 187,  
188, 198, 190, 195, 199, 200, 203, 220, 212, 213, 219, 220, 221, 222, 227, 228, 238,  
251, 260  
Noll, Else 177  
Noll, Ernst 177  
Noll, Herbert 177, 211, 213, 250, 266  
Noll, Inge 177  
Noll, Irmgard 177  
Noll, Lotte 177  
Ocampo, Sinforoso 247, 249  
Ospina, Pedro Nel xviii, xix, 145, 191  
Pagenhard, Mary 125, 126  
Paulina [cocinera] 143, 148, 181, 203  
Pehlke, Ernst xii, xiii, xxiii, xxiv, xxxi, 3, 8, 10, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25,  
26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 54, 56, 68,  
87, 95, 96, 128, 129, 130, 132, 158, 159, 161, 246, 267

- Pelayo Gil [padre] 161  
 Pereira, Estanislao 31, 33, 37  
 Philipp [señora] 125, 126  
 Pinzón, Carlos 249  
 Posada, Juan de Dios 166  
 Prüfert, Emil 49, 51, 58, 59, 60, 64, 65, 69, 82, 96, 119  
 Radczewski [señor] 3, 4, 116, 172  
 Rehbein Peralta, Max 220, 230, 257, 258  
 Reissner, Paul 123, 212  
 Reinecke, Ernst 64, 65  
 Remer, Robert M. 104, 105, 108, 122, 126, 178, 187, 201  
 Repchen, Wilhelm 49, 67  
 Restrepo, Carlos E. 23, 87, 88, 89, 90, 225, 226, 227  
 Restrepo, Enrique 50  
 Restrepo, Isaac P. 46  
 Restrepo, Luciano 61  
 Rettensteiner, Max 173  
 Rodríguez, Jorge 46, 144, 145, 146, 182  
 Rogge, Friedrich-Karl  
 Xxxi, 20, 21, 22, 44, 46, 47, 48, 117, 128  
 Rupertus, Heinrich 154, 201, 203, 205  
 Sager, Gerhard 71, 73, 74, 75  
 Salazar, Inés 81  
 Sánchez, Jesús M. 167  
 Santamaría, Carlos 89  
 Santamaría, Luciano 89  
 Scherer [doctor] 189  
 Schmelzer, Karl 124  
 Schmitt [señor] 129  
 Schütte, Fritz 170  
 Schütte, Georg 98, 119, 170  
 Schütte, Gladys 170  
 Sebastiana [cocinera] 31  
 Sierra, Jesús María 162  
 Sitarz, Anneliese Lotte xi, xix, xxviii, xxix, xxx, 214  
 Sitarz, Elisabeth (Noll, Elisabeth)  
 Sitarz, Erich 7, 116, 117, 173, 174, 175, 199  
 Sitarz, Franz xiv, xvii, xxii, 4, 42, 48, 97, 109, 135, 142, 229, 231, 249, 254, 259, 269  
 Sitarz, Fritz 4, 116, 117, 173  
 Sitarz, Grete 171, 172

Sitarz, Hans XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXVII, XXVIII, XXII, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, 1, 58, 89, 92, 93, 105, 138, 166, 189, 190, 221,  
Sitarz, Hans [hijo] 189, 190, 195  
Sitarz [madre] 3, 4, 6, 22, 42, 48, 96,97, 100, 116, 118, 161, 171, 172, 177, 199, 222  
Sitarz [padre] XI, XXVII, XXVIII, 48, 171, 174  
Smith, Frank D. 240  
Smith, Thomas L. 260  
Springer, Walter 172, 188, 190  
Stapf, Adolf 64, 65, 96, 98  
Starck, Carl [señor] 106, 108, 109  
Steinvorth, Wilhelm 122  
Stockhausen, [señor] 48  
Stoltze, Wilhelm 235  
Strauss [señor] 108, 110, 122, 124, 127, 128, 231  
Strauss, Elsa 124  
Thiel, Benito 174  
Thiel, Erich xvi, xvii, 46, 52, 53, 54, 57, 60, 67, 69, 82, 83, 85, 90, 93, 97, 98, 99, 103, 104, 114, 118, 122, 148, 171, 174, 175, 176, 195, 213, 221, 222, 228  
Thiel [señora] 67, 174, 175, 176  
Thiermann [señor] 98  
Tobón, Lázaro 254  
Toro, Emilio 81  
Toro, Rafael G. 267  
Torres, [señor] 128  
Upegui, Vicencio 72  
Urdaneta de Argáez [señora] 252  
Uribe del Valle, Daniel 165, 166, 167  
Vay [señor] 107  
Vásquez Uribe, Pedro 55, 89, 147  
Vélez, Luis Alfonso 61, 62, 257  
Villa Latorre, Luciano 254  
Villegas, Luis Carlos 232, 233  
Vogel [señor] 197  
Von Ekensteen, [señor] 9  
Von Krohn [señor] 110, 128  
Von Nuys, Carmen 270  
Von Nuys, Federico 270  
Warburg, Paul M. XXI, XXII, 197, 198, 217, 222, 223, 227, 229,  
Wehdeking Ferdinand 120  
Werlich, Guido 172  
Wiese [señor] 106, 108

Wünneberg [capitán] 10  
Yates [coronel] 217  
Yepes, Salvador Jesús 266, 267  
Zaumseil [señor] 26, 27, 28, 29, 30, 131  
Zinggraff [señor] 122

*Como hombre de negocios en Colombia (1911-1929)*  
se terminó de imprimir en Bogotá,  
en diciembre de 2019, en La Imprenta Editores S. A.

**H**ans Sitarz (1889-1958) nació en Viena y estudió en Stettin. Como hombre de negocios pasó gran parte de su vida en América Latina y los Estados Unidos. Escribió su autobiografía a comienzos de los años cincuenta. La presente obra recoge extractos de sus anotaciones personales, traducidas al español, las cuales abarcan un importante período de su vida: entre 1911 y 1929, lapso que vivió en Colombia. Como complemento, se adjuntan dos informes suyos sobre el país que datan de 1942-1943 y 1944. Sitarz relata su ascenso desde su cargo inicial (como simple empleado subalterno) a director de banco (con amplias facultades de decisión); aspectos de su trayectoria; las empresas en las que laboró; la cultura empresarial; así como las personas con las cuales trabajó. Además, describe la economía, la sociedad y las costumbres de las regiones visitadas. Sitarz no solamente era un hombre de negocios sino también un etnógrafo y viajero apasionado.

**bi-**

CENTENARIO DE  
UNA NACIÓN  
EN EL MUNDO

